

mas brotaron de sus ojos rodando por sus mejillas.

Cuando pudo hablar, dijo:

—¡Ah, amigo mío, qué bien me ha hecho usted! ¡De qué pesadilla acaba usted de curarme! Ahora estoy salvado! ¡Le creo á usted, le creo á usted! Usted es íntimo suyo. Usted les ve casi todos los días. Si hubiere algo entre ellos usted lo sabría. Lo hubiera usted oído contar. ¡Ah! ¡Gracias! ¡Déme usted su mano! Olvide lo que he dicho, esas calumnias que he repetido en un acceso de delirio. Sé que son falsas. Y déjeme usted que le abrace, como le abrazaría si, estando á punto de ahogarme, usted me hubiera sacado del agua. ¡Ah, amigo mío, mi único amigo!

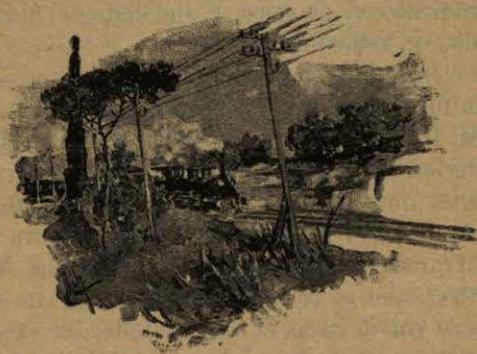
Y se lanzó al escritor para apretarle contra su pecho.

Aquél le repitió las palabras del comienzo de su conversación.

—Cálmese usted, se lo suplico; cálmese usted.

Y al mismo tiempo pensaba:

—¡No podía hacer otra cosa, pero es muy duro!



IV

Peligro próximo.

—No. No podía hacer otra cosa,— se repetía Dorsenne la noche de aquel día.

Toda la tarde la dedicó á Gorka. Después de obligarle á que almorzara, hizo que se acostase y le veló él mismo. Condújole en un carruaje cerrado á la estación de Portonaccio, que es la primera en la línea de Florencia; y, en fin, había procurado no

dejar un minuto solo á aquel hombre, cuyo frenesi había más bien suspendido que apaciguado á costa de su propio reposo. Una vez en su habitación de la plaza de la Trinidad, donde veinte detalles atestiguaban el paso de Boleslas, aquella palabra de honor falsamente dada comenzó á pesar sordamente al escritor, pero con tanta más fuerza cuanto que al fin se daba cuenta del plan seguido por Boleslas. La penetración tardía á que estaba habituado le prometió establecer la línea general de su conversación. Comprendió que ninguna de las frases pronunciadas por su interlocutor, ni aun las más exaltadas, había sido pronunciada al azar. De súplica en súplica, de confidencia en confidencia, Dorsenne había sido puesto en este cruel dilema, que no supo prever ni evitar: ó acusar á una mujer, ó mentir de un modo que una conciencia viril no perdona fácilmente. Y él no se lo perdonaba.

—Y esto es aún más triste —se decía— porque no impedirá nada. Desde el momento en que existe en el mundo una persona bastante pérfida para haber escrito esos anónimos, esa persona no se detendrá aquí. Encontrará pronto el medio de desencadenar de nuevo á ese furioso. ¿Pero se han escrito esas cartas? Un apasionado terriblemente astuto como Gorka es capaz de haber forjado esta novela para tener el derecho de preguntarme lo que me ha preguntado. Sin embargo, no. Hay dos hechos indiscutibles: un estado de celos desesperados y su extraordinario regreso. Uno y otro suponen un tercero, un aviso. ¿Quién le ha dado? El me ha hablado de doce cartas. Supongamos que no ha recibido más que una ó dos. ¿Quién es el autor de ellas?

Todo el desarrollo inmediato del drama, al que Julián se encontraba mezclado, estribaba en la res-

puesta á esta pregunta. No era fácil de formular. Los italianos tienen un proverbio de una singular profundidad, del que el escritor se acordó en aquel momento. Le había hecho reír mucho cuando le había oído el sentencioso Egiste Brancadori. Comprendió su alcance: *Chi non sa fingersi amico, non sa essere nemico*. Quien no sabe fingirse amigo, no sabe ser enemigo. En el pequeño rincón de la sociedad donde se movían la Condesa Steno, los Gorka y Lincoln Maitland, ¿quién era bastante hipócrita y odioso para practicar este adagio? Sólo una denuncia positiva y detallada había podido despertar tan terribles celos en Boleslas, y tales denuncias suponen una cotidiana familiaridad.

—¿No será la señora Steno—pensó Julián—quien se ha divertido en contárselo ella misma á su amante para encontrar nuevas emociones? He conocido este caso, pero se trataba de parisienses locas y no de esta Duxesa del siglo XVI, que se encuentra intacta en la Venecia de nuestros días, como un zequi de aquella época que guardase el sello del troquel. Eliminémosla. Eliminemos también á la señora Gorka, esta criatura toda verdad que por nada del mundo mancharía sus labios con una mentira, lo que por otra parte, la hace fácil de engañar. ¡Qué ironía! Eliminemos á Florent. Este se haría matar en caso de necesidad como un mameluco á la puerta del cuarto donde su genial hermano juguetease con la Condesa. Eliminemos al americano mismo. He encontrado este caso: un amante, cansado de su querida, denunciándose á sí propio, á fin de desenbarazarse de ella. Pero estas gentes nada tenían de común con este zopenco, que posee talento para pintar como los elefantes tienen trompa. ¡Otra ironía! Se ha casado con una mestiza por el dinero, pero

era una bajeza cometida una vez para todas que le permitía pintar lo que quisiera y como quisiera. Se ha dejado amar por Steno porque es diabólicamente hermosa, á pesar de sus cuarenta años, y una verdadera gran señora, y además porque con esto engañaba á un verdadero gran señor. No tiene un ápice de delicadeza moral, pero no es capaz de tal pillada. Eliminemos también á su mujer, esa esclava á quien la sola presencia de su marido anonada de tal modo que no osa mirarle á la cara. Tampoco es Hafner. El sutil zorro es capaz de todo por sagacidad, hasta de una buena acción; ¡pero no de una traición inútil y peligrosa! Jamás. Fanny es una santa escapada de la leyenda, aunque no lo piense Montfanón. ¡Otra ironía! He pasado revista á todos los del grupo... Me olvidaba de Alba. Pero sólo pensarle es extravagante. ¿Extravagante? ¿Por qué?

Estaba Dorsenne cuando se formuló esta pregunta á punto de acostarse. Tomó, como de costumbre, uno de los libros colocados sobre la mesa para leer algunas páginas, una vez en el lecho. Tenía siempre al alcance de su mano algunas obras, con cuya lectura fortificaba de nuevo su doctrina de intransigente intelectual. Estas eran las *Memorias* de Goethe, la correspondencia de Jorge Sand, donde se encuentran las cartas á Flaubert, los *Discursos del método* de Descartes y el *Ensayo* de Burekhardt sobre el Renacimiento. Mas después de haber puesto el codo sobre la almohada y hojear uno de estos libros, le cerró sin haber leído veinte líneas. Apagó su lámpara y no pudo dormir. La extraña sospecha que acababa de atravesar su espíritu tenía algo de monstruoso aplicada á una joven. ¡Qué sospecha y qué joven! La amiga preferida de todo el invierno, aquella por la que el novelista prolongaba su estanc-

cia en Roma, porque era la más graciosa aparición de delicadeza y de melancolía en aquel cuadro de trágico y solemne pasado. Otro que no fuera Dorsenne no hubiera admitido semejante idea ni por un segundo sin causarse á sí mismo horror. Dorsenne, al contrario, se puso á meditar en la siniestra hipótesis, procurando justificarla. Nadie sufría más que él de esa deformación moral que el abuso de ciertos trabajos literarios inflinge á algunos escritores. Están de tal modo habituados á combinar caracteres artificiales con motivo de las creaciones de su fantasía, que llegan á hacer el mismo trabajo á propósito de los seres que mejor conocen. Tienen un amigo querido que ven casi diariamente y que nada les oculta, como ellos tampoco le ocultan nada á él. Pues si después de un año de ausencia os hablan de él, quedaréis sorprendido al notar que, aunque continúan amándole, os trazan de él dos retratos contradictorios con la misma sinceridad y la misma probabilidad. Tienen una querida, y ésta les ve con espanto cambiar de actitud junto á ella, que tiene la conciencia de ser la misma, y el cambio se opera alguna vez en el espacio de un día. Depende esto del desarrollo de su imaginación, y de que observar no es jamás más que un pretexto para construir. Esta enfermedad había dominado á Julián desde su adolescencia, pero no se había manifestado nunca de tan inesperado modo como con ocasión de Alba Steno, que tal vez soñaba con él en el momento mismo en que en el gran silencio de la noche, Dorsenne se esforzaba en probarse que ella era capaz de aquella especie de parricidio por medio de cartas anónimas.

—Después de todo—se repetía, no sin voluptuosidad, pues en los intelectuales excesivos hay algo

de iconoclastas y gustan de destruir los más caros ídolos morales ó sentimentales, como para probar mejor su fuerza,—después de todo, es que yo he comprendido verdaderamente lo que hay en sus relaciones con su madre? Cuando en Noviembre llegué á Roma y fui presentado á la Condesa, ¿qué se me ha dicho, no por una persona, sino por nueve ó diez? La señora Steno tiene relaciones con el marido de la mejor amiga de su hija, y ésta muere de disgusto por ello... He ido á su casa: he visto á la niña. Aquella noche estaba triste, y yo he sentido curiosidad de leer en su corazón. Hace seis meses de esto. Nos hemos visto casi todos los días, á menudo dos veces. Pero ella se ha mostrado tan reservada, que estoy en la misma situación que el primero. La he visto mirar á su madre, como esta mañana, con ojos llenos de amor y de admiración. Después he observado que sufría por una palabra de su madre, por una actitud de ella, hasta el punto de palidecer. La he visto que besaba á la señora Gorka como se besa á una amiga que inspira una profunda compasión, y la he visto jugar al *tennis* con esta misma amiga, alegre é infantilmente. En algunas ocasiones parecía no poder soportar la presencia de Maitland, y después ha pedido al americano que la retratase. ¿Es una inocente? ¿Es una hipócrita? ¿Está atormentada por la duda, adivinándolo todo, no adivinando nada, creyendo á su madre, no creyéndola? ¿Tiene un alma ambigua de rusa é italiana á la vez? Sería una solución al problema que fuese una joven de una energía interior, extraordinaria, y que sabiendo las dos intrigas de su madre y odiándolas igualmente, hubiese imaginado precipitar uno contra otro á los dos hombres. Para una joven esto sería enorme; pero, ¿acaso las menores

noticias de un periódico no están ahí para mostrarnos que la palabra imposible no debe nunca ser pronunciada cuando se trata de las aberraciones del corazón? Mañana por la noche iré á casa de la Condesa, y observaré á Alba... Si ella es inocente, mi juego será bien inofensivo. ¿Si por casualidad no lo es?... Sería esto un... ¡qué lástima! más, pronunciado ante una madona. ¡Lo tengo dicho tantas veces!

Reflexiones de esta clase dejan tras sí el amargo rastro de los remordimientos, sobre todo cuando son, como aquéllas, absolutamente fantásticas y fundadas en una simple paradoja de *dilettante*. Se siente la inhumanidad de ciertas sospechas, aunque no salgan del estado de una vaga y flotante hipótesis. Así Dorsenne sintió verdadera vergüenza cuando se despertó al siguiente día pensando en el misterio de las cartas anónimas recibidas por Gorka, y recordó la criminal novela que había forjado en torno del encantador y tierno rostro de su amiga. Felizmente para sus nervios, que se hubiesen exasperado de volver al terrible problema: si no ha sido ninguno de los que frecuentan la sociedad de la Condesa, ¿quién ha escrito esas cartas?... al saltar del lecho recibió un voluminoso paquete de pruebas con la nota de "urgentes". Dorsenne se preparaba á dar al público una colección de sus primeros artículos esparcidos en veinticinco números de periódicos, bajo este título, del que estaba encantado: *Polvo de ideas*. Dorsenne era un animoso obrero literario, á pesar de la pretensión de títulos semejantes, lo que es raro, y apesar de su vida mundana, lo que es más raro aún. Generalmente los títulos complicados sirven para disfrazar en librería las mercancías de pacotilla, y en cuanto á los novelistas ó autores dramáticos que buscan la inspiración en

otra parte que en la regularidad de las costumbres y en la mesa de trabajo, su obra debe considerarse estéril por adelantado. Obscuro ó célebre, rico ó pobre, un artista debe ser antes que nada un obrero, y practicar estas virtudes verdaderamente fecundas: la aplicación paciente, la tenacidad concienzuda, y la absorción en el trabajo. Cuando se sentaba á su taller, —así designaba su mesa,— se entregaba en cuerpo y alma á su tarea. Cerraba su puerta, no abría ni cartas ni telegramas y pasaba diez horas sin tomar más que un par de huevos y café —como hizo aquel día,— corrigiendo sus ensayos de los veinticinco años con el talento de los treinta y cinco, retocando una palabra aquí, allí una frase, rehaciendo una página entera más adelante, descontento unas veces, sonriendo á su idea otras. Y la pluma se movía, llevando con ella toda la sensibilidad de aquel monstruo intelectual que había olvidado por completo á la señora Steno, á Gorka, á Maitland y á la calumniada Condesita, hasta que despertó de aquella borrachera cuando ya caía la noche. Contó, ordenando las pruebas, el número de artículos corregidos, y vió que eran doce.

—Como las cartas de Gorka,— dijo en alta voz riendo. Sentía circular por sus venas esa ligera alegría que conocen todos los escritores de raza cuando han terminado un trabajo que consideran bueno. He ganado mi noche —añadió siempre en voz alta.—Es preciso vestirse é ir á casa de la señora Steno. Una buena comida en casa del doctor. Una media horita de paseo por un buen camino. La noche promete ser deliciosa. Yo sabré si se han recibido noticias del palatino—este era el sobrenombre que él daba á Gorka en los momentos de buen humor.—Me divertiré imitando á Hamlet cuando hizo

jugar la trampa delante de su tío. Voy á hablar alto de anónimos. Si el autor de los que ha recibido Gorka está allí, me divertiré mucho... ¡Con tal que no sea Alba! Decididamente esto sería muy triste.

Eran las diez de la noche cuando el joven, fiel á su programa, llegó ante la puerta de la casa que la señora Steno ocupaba en la calle del Veinte de Septiembre, en el ángulo de la calle Porta Salara. Era un vasto edificio moderno distribuido en dos porciones distintas: una construcción con comunicación á la izquierda, y á la derecha un hotel por el estilo de los que hay en los alrededores del parque Monceau. Aquella villa Steno, como decía la inscripción grabada en oro sobre el mármol negro de la puerta, era la historia entera de la fortuna de la Condesa, fortuna valuada por la fama, con la exageración habitual, tan pronto en veinte como en treinta millones. En realidad, poseía doscientos cincuenta mil francos de renta. Pero como en 1873 el conde Miguel Steno, su marido, había muerto, dejándola únicamente deudas, un palacio en Venecia y unas propiedades fuertemente hipotecadas, esa renta justificaba la frase de "mujer superior", aplicada por sus amigos á la madre de Alba. Sus amigos añadían: "Ha sido la querida de Hafner quien le ha pagado con consejos de financiero." Atroz calumnia cuya falsedad era más notoria por el hecho de que la Condesa había comenzado á enriquecerse antes de conocer al Barón. He aquí cómo: A fines de 1873, cuando la joven viuda, retirada en aquella suntuosa morada sobre el Gran Canal, luchaba lo mejor que podía con los acreedores, uno de los mejores banqueros de Roma vino á proponerle un negocio ventajoso. Tratábase de un vasto terreno que los sucesores de Steno poseían en Roma en los arrabales, entre la

Puerta Salara y la Puerta Pia, medio abandonado, y que el difunto Cardenal Steno, tío del Conde Miguel, había comenzado á plantar. El tal terreno había sido arrendado por parcelas á hortelanos y jardineros, siendo estimado á lo que se llama allí el precio de la viña, es decir, á unos cuarenta céntimos el metro cuadrado. El banquero ofreció cuatro francos bajo el pretexto de que iba á establecer una fábrica en aquel sitio. Era una gruesa suma. Pidió la Condesa un plazo de veinticuatro horas para pensarlo, y rehusó, lo que admiró á los hombres de negocios. En 1882 vendió aquel mismo terreno á cien francos metro. Había comprendido, estudiando un plano de Roma y pensando en la Italia moderna, que los nuevos señores de la Ciudad Eterna pondrían toda su ambición en reedificarla, y que la parte comprendida entre el Quirinal y las dos puertas, Salara y Pía, sería uno de los puntos principales de aquel desarrollo, y que la venta le produciría entonces una suma mucho más grande que la ofrecida, si sabía aguardar. Y había aguardado, aplicándose á vigilar la administración de sus bienes como el más rígido de los intendentes, mejorando los arrendamientos, tapando los agujeros, como vulgarmente se dice, con beneficios inesperados. Había vendido en 1875 á la *National Gallery* una serie de cuatro cuadros de Carpaccio, encontrados en una de sus casas de campo, en ciento veinte mil francos. En una palabra: había sido tan activa y práctica en su vida material como corrompida y audaz en su vida sentimental, ó más bien galante. La leyenda que contaba cómo había engañado á Steno con Werekiew en San Petersburgo, donde el diplomático estaba agregado desde el primer año de su matrimonio, fué confirmada por la ligereza de su conducta,

de la que pronto dió evidentes pruebas. En Roma, donde habitaba una parte del año, después de la venta de sus terrenos, de los que se había reservado una parte para construir aquella doble casa, había continuado su vida de Venecia, administrando su fortuna con igual inteligencia. Una imposición de su dinero en *Acqua Marcia* le hizo doblar en cinco años el enorme beneficio de su primera operación. Y lo que probará más aún la fuerza singular de su buen sentido cuando se trataba de cosas independientes del amor, es que después de estas dos ganancias se había detenido, precisamente en la época en que la aristocracia romana, poseída del delirio de la Bolsa, comenzaba á especular con los valores subidos á su más alto precio. Pasar la noche en la villa Steno después de haber pasado la mañana del día anterior en el palacio Castagna, era realizar una de esas paradojas de sensaciones contradictorias, de las que tanto gustaba Dorsenne, pues el pobre Ardea se había arruinado por querer hacer algunos años más tarde lo que la Condesa había hecho en el momento oportuno. También él había esperado que los terrenos subieran, pero los compró á setenta francos el metro, y en el año 90 no valían más que á veinticinco. También había calculado que Roma se agrandaría, y sobre aquellos terrenos, á tan alto precio adquiridos, comenzó á edificar calles enteras, imaginando que llegaría á ser, como los duques de Bedford y de Westminster en Londres, un propietario de inmensos barrios. Los contratistas le robaron; acabadas las casas, no se alquilaron. Para terminar las otras había pedido dinero á préstamo. Jugó á la Bolsa á fin de pagar sus deudas; perdió; contrajo otras nuevas para abonar las diferencias. Su firma, como había referido

groseramente el dueño del Marzocco, corrió el mundo bajo las formas varias de la fatal, inexorable letra de cambio. El resultado fué que en todas las paredes de Roma, incluso las de la calle del Veinte de Septiembre, cartelones de diferentes colores anunciaban la venta, merced á los cuidados del caballero Fossati, de la colección y de los muebles reunidos en el palacio Castagna.

—Prever es poder—se decía Dorsenne llamando á la puerta de la señora Steno, y resumiendo así la invencible asociación de ideas que acababa de recordarle el palacio del arruinado Príncipe romano ante la villa de la veneciana triunfante.—He aquí el verdadero alfa y omega. Aquí tienen la manía de poner estas dos letras en todas las alhajas. Debían añadir este comentario...

La comparación entre el destino de la señora Steno y el del heredero de los Castagna casi había ya hecho olvidar al inconstante escritor su proyecto de información sobre el autor de las cartas anónimas; y debía imponérsele aún más cuando penetró en el *hall*, donde todas las noches recibía la Condesa. En efecto, el propio Ardea se encontraba allí en mitad de un grupo compuesto de Alba Steno, de la señora de Maitland, de Fanny Hafner y del riquísimo Barón que, de pie él solo y apoyado en una consola, parecía un indulgente y honrado viejo, dispuesto á bendecir aquella juventud. No se asombró Julián de ver tan pocas personas en el vasto salón, como tampoco del aspecto de aquella pieza llena de antiguas telas, de bibelots, de flores, de muebles y de divanes con innumerables almohadones. Había tenido todo el invierno para observar, con la conciencia de tapicero que distingue á los novelistas modernos, aquel sitio semejante á cien

otros de Viena, Madrid, Florencia y Berlín, de todas partes, en fin, donde una señora más ó menos cosmopolita procura realizar el ideal de la elegancia parisiense. Habíase distraído durante innume-



rables noches en separar, en aquel decorado casi internacional, los rasgos locales, los que distinguían aquella pieza de todas las demás del mismo género. Ningún ser humano llega á ser original en absoluto ni en su habitación ni en su modo de es-

cribir. El novelista había reparado que aquel salón llevaba el sello de una fecha, la del último viaje de la Condesa á París en 1880, como se advertía en el peluch y la seda de los grandes cortinones. El tono general donde dominaba el verde, impertinencia egoísta en casa de una rubia, acusaba á Italia; como también la Italia se encontraba en el suelo pintado, con friso que corría alrededor, como en los cuadros distribuidos aquí y allá, y que sólo se encontraban en las ventas del Hotel Drouot ó de los aficionados parisienses. Había dos tablas de Moretto de Brescia, con el segundo estilo del maestro, estilo llamado de plata á causa de la fluidez dulce y transparente del colorido; una *Comida en casa de Faraón y un Jesús resucitado en la ribera*, que no podían provenir más que de un viejo palacio y de una antigua familia. Dorsenne sabía ésto, como sabía también la razón de que encontrase casi vacío en aquel momento del año este *hall* tan animado durante todo el invierno, y por el que había visto desfilan un verdadero carnaval de visitantes de paso, grandes señores, artistas, hombres políticos, rusos y austriacos, ingleses y franceses. La Condesa estaba lejos de ocupar en Roma la posición social que hubieran debido asegurarla su inteligencia, su fortuna y su nombre. Siendo de soltera una Navajero, unía en su blasón á la cruz de oro de aquel Sebastián Navajero que subió el primero á las murallas de Lepanto, la estrella del gran Dux Michel. Pero un rasgo de su extraño carácter le había siempre impedido tener éxito en este punto. No podía soportar disgusto ni contrariedad por una parte, y por otra no poseía vanidad alguna. Era positivista y apasionada al modo de esos grandes negociantes á los que sus combinaciones sirven ase-

gurarles mejor sus placeres. Nunca la señora Steno había sabido, por ejemplo, gastar para quien no le gustaba sino en interés de sus pasiones. Nunca había desplegado diplomacia alguna en los cambios de sus amores, que habían sido numerosos hasta el caso de Gorka, al que fué fiel durante dos años, cosa inverosímil! Jamás había observado la menor mesura cuando se trataba de ir al objeto de su deseo. Por otra parte, no tenía en Roma para sostenerla ningún miembro de aquella gran familia á que pertenecía, y no estaba unida á ninguno de los grupos en que se divide desde el 70 la sociedad de la ciudad. De espíritu moderno y de costumbres atrevidas para afiliarse al mundo negro, no había sido aceptada por la mujer admirable que reina en el Quirinal, y que ha sabido imponer en su torno una atmósfera de noble elevación. Estas diversas causas hubieran traído una especie de medio ostracismo, de no adelantarse á ello la Condesa, formando una sociedad aparte, compuesta casi únicamente de extranjeros. El ir y venir de las caras nuevas, lo imprevisto de las conversaciones, el encanto de las relaciones sin deberes, todo en aquella sociedad movable agradaba á la sed de diversión que se unía en aquella naturaleza poderosa, espontánea y casi virilmente inmoral, á un concepto muy exacto y muy justo de la realidad. Si Julián quedó un momento sorprendido á la puerta del *hall*, no fué, pues, por encontrarle una vez más despoblado por ser el fin de la estación, sino por ver entre los amigos íntimos á aquel Pepino Ardea, al que no había encontrado en todo el invierno. Y realmente, no era el más apropiado para encontrarse en sitios nuevos, aquel momento en que el comisario tasador tenía levantado un martillo sobre todo lo que había formado

el orgullo y el esplendor del nombre del Príncipe; pero realmente también el último sobrino de Urbano VII, sentado entre la sublime Fanny Hafner, de azul pálido, y la linda Alba Steno, de rojo, y en frente de la señora Maitland, tan graciosa con su vestido malva, no tenía la fisonomía de un hombre herido por la adversidad. La luz de las lámparas, sabiamente distribuida, esclarecía con delicado reflejo el orgulloso perfil del joven, que no había perdido nada de su altiva alegría. La fatuidad y la bondad eran las notas dominantes en aquel rostro. Los ojos muy negros, muy brillantes y muy movibles, parecían, en la misma mirada, despreciar y sonreír, mientras la boca, bajo el bigote obscuro, mostraba desdén y glotonería, un pliegue de disgusto y de sensualidad á la vez. La barba afeitada mostraba matices azulados que acababan de dar al tono general de su rostro una expresión de fuerza desmentida por el talle algo delgado y demasiado nervioso. El heredero de los Castagna iba vestido con esa anglo-manía particular á ciertos italianos, que siempre desentona un poco, como el salón de la Condesa. El Príncipe llevaba muchos anillos en sus dedos, un ramo exagerado en el ojal, y sobre todo hacía demasiados gestos para permitir con su tez oscura una ilusión de un momento sobre su nacionalidad. Fué el primero del grupo que vió á Julián, y le dijo, ó más bien le gritó familiarmente:

—¡Calla, Dorsenne! Creí que se había usted marchado. Hace quince días que no le he visto á usted por el círculo.

—Habrá trabajado —respondió Hafner— en alguna nueva obra maestra, en alguna novela que pasa en el mundo romano; estoy seguro. Desconfie

usted de él, Príncipe, y ustedes, señoritas, desarmen al retratista.

—Yo —respondió Ardea riendo— le daré notas sobre mí,— si él quiere. Le ilustraré su novela con fotografías que he hecho en otra época. Mire usted, señorita —añadió volviéndose á Fanny— también así se arruina uno. Tenía yo la manía de las instantáneas... Un jueguecillo inocente, ¿verdad? Pues me ha costado treinta mil francos por año durante cuatro.

Dorsenne había oído decir que entre Ardea y sus amigos era cosa conveniente tratar ligera y vanalmente del desastre que caía sobre la familia Castagna en su último y único vástago. No sospechaba desenvoltura semejante. Quedó tan desconcertado, que olvidó contestar al epigrama de Hafner como lo hubiera hecho en otra ocasión. El antiguo fundador del *Crédito-Austro-Dálmate*, manifestaba siempre que podía su gran aversión por el novelista. Los hombres de su especie, profundamente cínicos y calculadores, temen y desdennan á la vez cierta literatura que les parece anuncia verdades peligrosas de escribir y muy medianas en atención al razonado modo de proceder que ellos profesan en la práctica. Por otra parte, poseía demasiado tacto para no comprender la repulsión instintiva que inspiraba á Julián. Pero para Hafner toda la fuerza social estaba sujeta á una tarifa, y el éxito literario tanto como otro cualquiera. Tuvo miedo, como la vispera en la escalera del palacio Castagna, de haber ido demasiado lejos, y añadió, poniendo familiarmente sobre el hombro del escritor su mano de largos dedos que no daba nunca entera, como si escatimase el apretón de manos.